Evaganzas

En el Rincón de Belén

Érase una vez un yermo contumaz, incoloro, inculto, inhóspito, infecundo e inferaz sin disimulo; érase en realidad un yermo chiquitito, a acaso unas cuantas varas cuadradas reducido; apenas un yermito, de esos tristes y perdidos, que eternalmente viven anónimos y comúnmente pasan desapercibidos; nimio detalle este, que no lo descalificaba en absoluto como yermo, feo, oscuro, sin gracia, y en sempiterno desconsuelo. No es que el yermo molestara por lo estéril, no, más bien era su feúra, su ser un lugar ajeno, "fuera de lugar" vaya; su falta de estética urbanística, lo hacía insultante para la urbanidad de los urbanos habitantes de la urbanizada morada urbana contenida. Fue un día radiante, de un abril primaveral y remolón, cuando Belén y el yermo tuvieron su primer encontrón; fue este poco grato, más bien ríspido, acalorado y respondón; ella lo tildó de desagradecido y mezquino, que no correspondía en absoluto al benigno tratamiento de manguera, poda y azadón, que tan solícitamente y a diario con amor le propinaba. ¿De quién sería la miscelánea culpa, de tal diatriba atinada y tal discordia acalorada?. "Mía no", decía el yermo, "yo soy generoso, doy todo lo que tengo, ya ni me doy abasto, ni familia, ni reposo"; "mía tampoco" decía Belén, "yo doy cuidado, doy agua, doy abono ¿qué más pretendes tu patán, ogro goloso?"; "tal vez" dijo yermito muy mohíno y compungido, "si más me dieras más yo te daría, más a cambio de tu más yo aportaría".

Fue así, y así fue cómo, como en cualquier negocio que se precie y aprecie de tal nombre, después de este dialogo preñado de rigores, el malhadado y triste yermo empezó, con liberalidad a afanar dones, y a retribuirlos con generosidad, denuedo y lánguido abandono. Recibió fertilizantes que incendiaron su poder de germinar; recibió copudos huéspedes, que alegraron con verdor y colorido, sin remilgos ni rubores, su otrora triste y tedioso despertar. ¿Que qué dió yermito, a cambio del pantagruélico yantar? ¿Pues que otra cosa había acuitadito de dar, sinó belleza, solaz, armonía, tronío y paz? ¿Qué menos que su ciencia y su impertérrita alegría? Dones dió, dió sin descanso y sin porfía; dió dulzor luz y hermosura, y propició la veraz contemplación del infinito; dió tranquilidad al vigoroso novel de inquieto espíritu, dió serenidad al científico austero y mordaz, dió inspiración al numen creador del huésped viejo, dió alas y vigor al pensador voluptuoso, dió verdad al soñador verde y sincero. Para todo hay opiniones, gustos y deseos, que por ellos existen los colores, y a su capricho se hicieron los sabores. Pero el triunfo sin ambages ni mentiras de yermito, fue la tarde en que la vieja xacaranda señorial, cual atónita vecina despistada y visceral, cubrió la verde tilma del atrio secular, de azul morado colorido sin igual, que tal tapete solidario con el sol, daba destellos de lujo desmedido y fantasmal.

El summun de la generosidad, del yermo renacido y prodigal, perdido ya su falaz y seco nombre; vencido y subyugado su antiguo desvarío, fue cuando una parejita de bisoños colibríes, decidió montar casa y fundar hogar y señorío, en las inmediaciones del ubérrimo oasis ya florido; precariamente colgaron su romántica vivienda, adosándola orgullosa, firme y contundente, a una oscilante rama de la hiedra somnolienta. Con tesón y con fervor se prodigaron, se turnaron en la brega cotidiana; y pronto iniciaron con vigor de gigantes aquilares, las gozosas previsiones de las bodas rituales, que preludiaron fundaciones esponsales, de tan ansiada familia residente. Tajante y lapidario fue el edicto de Belén la curadora: ni un asomo, ni un ruido; ni un ya mero, ni un ahora. Tres frágiles y tímidos huevillos, como soles refulgentes y sencillos, puntuales al casorio y al jolgorio, dieron logro luz y brillo; esperanzas, rogativas, parabienes, pero hubo algo que los dioses previsores no previeron; no contaron con el pravo lado oscuro del destino, que en el medio interpuso al obsceno gato huero del vecino; proditorio carcamán de necia estirpe, que acechando en las sombras de la fronda lujuriante, urdió la trama de un asalto denigrante; fue tan vil y tan artero, su feroz y desmedido desatino, que de un diestro zarpazo dejó huérfanos, a los indemnes pollitos no nacidos.

Iacobus Parvus

D.R. © WeFFeW – p@platicabulo.com